

Pulsión de muerte y sexualidad

*Carlos Sopena*¹

Resumen

El artículo comienza destacando la revolución que significó tanto para la teoría como para la práctica psicoanalíticas la introducción de la pulsión de muerte, desarrollando a continuación los siguientes puntos:

1°. El estudio de las pulsiones debe tomar en cuenta el nivel de estructuración alcanzado por el aparato psíquico, puesto que es en su discurrir por el aparato que la pulsión encontrará diques y podrá ser ligada y subordinada al principio de placer.

2°. El domeñamiento de la pulsión supone la normativización de la misma, resultante del complejo de Edipo y la asunción de la castración, que articulan la pulsión con el deseo y con Eros. La insistencia en un goce sin mediaciones, acorde con la omnipotente aspiración narcisista de extinguir el deseo, obedece, en cambio, a la pulsión de muerte y significa un fracaso en el procesamiento de la pulsión.

3°. Eros y Tánatos son concebidos como distintos modos de funcionamiento de una sola y misma pulsión, la sexual, regidos por el principio de placer o por su opuesto, el principio de Nirvana.

4°. La pulsión de muerte no debería ser identificada con la compulsión a la repetición, que no responde a una única tendencia y no siempre es letal, como no lo son, por ejemplo, las repeticiones promovidas por la transferencia, que hacen posible el trabajo de rememoración, a las que hay que diferenciar de las repeticiones más pulsionales que trabajan para la muerte.

5°. Lo que mejor caracteriza a la pulsión de muerte es que obra en silencio y es opuesta a toda actividad de simbolizar, de localizar, de ligar, de significar, es decir, a la categoría de lo decible y lo pensable.

¹. Miembro de APU y de la Asociación Psicoanalítica de Madrid. Dr, Fleming 4, 28036 Madrid.
E-mail: sopenarodr@correo.cop.es

6°. A Eros y Tánatos se los relaciona con la tendencia a la ligazón y a la desligazón, respectivamente. El problema que se plantea es que tanto una como la otra son condiciones de la vida.

Summary

This report starts pointing out the revolution that meant for both psychoanalytic theory and practice the inclusion of the death instinct notion. The author then elaborates on the following topics:

1. The study of instincts must take into account the structuring level achieved by the psychic apparatus, because while roaming about the apparatus the instinct will find the barriers and get bound, and will become subordinated to the death principle.

2. The mastering of the instinct includes its entrance into the regulation system as a result of Œdipus complex and the assumption of castration, which articulate the instinct with desire and Eros. The persistence of a pleasure with no mediation, in agreement with the all-powerful narcissist hope of wiping out desire, is a result of the death instinct and means a failure of the processing of impulse.

3. Eros and Thanatos are understood as the different ways in which the one and only instinct, the sexual one, ruled by the pleasure principle or its opposite, Nirvana principle, works.

4. The death instinct shouldn't be considered equal to the compulsion to repeat, which does not respond only to one tendency and is not always lethal. Repetitions caused by transference aren't lethal either, enable the work of remembrance, and have to be distinguished from the more instinctual repetitions that work for death.

5. What best defines the death instinct is its silent work and its opposition to every activity implying symbolization, location, linking, signifying, that is, to every category of what can be expressed or thought.

6. Eros and Thanatos are often connected to the tendency to tie and untie respectively. The issue at stake is that both are part of life's own nature.

El viraje de 1920, en que Freud introduce la pulsión de muerte, comanda las modificaciones metapsicológicas realizadas tiempo después, como la postulación de la

segunda tópica, en 1923, y un año más tarde la del masoquismo primario. Estos cambios profundos del psicoanálisis obligaron a un replanteamiento de casi todas las cuestiones esenciales, tanto teóricas como clínicas.

No sólo cambió la manera de entender la pulsión y la representación del aparato psíquico sino que también cambió el concepto de inconsciente. El inconsciente de la primera tópica estaba formado por representantes pulsionales reprimidos, y la meta terapéutica consistía en la toma de conciencia liberadora de la libido de sus fijaciones y represiones para ponerla al servicio del yo.

A partir de la segunda tópica la organización de la subjetividad pasa a primer plano y el psicoanálisis es considerado como un instrumento destinado a posibilitar al yo la conquista progresiva del ello, que es la parte omnipotente, que rechaza la realidad y sólo busca su satisfacción, para lo cual no duda en recurrir a la alucinación. Es por ello que la 31ª Conferencia va a terminar con la famosa frase: “Donde ello era, yo (el sujeto) debo advenir”.

Si los contenidos del inconsciente eran los representantes de las pulsiones, cuando Freud define al ello desaparece cualquier referencia a la noción de representación, por lo cual las mociones pulsionales ya no están ligadas y dominadas por el principio de placer. Una parte considerable del psiquismo deja de ser de naturaleza representativa, pues tanto el yo como el superyó tienen aspectos inconscientes que no quedan claramente diferenciados de “eso otro” ajeno a la representación que es el ello.

La tarea analítica ya no se limitará a la toma de conciencia de lo representado reprimido, sino que consistirá en un trabajo de simbolización a realizar sobre un fondo no representado y en cierta medida no representable, constituyendo un verdadero trabajo de apropiación subjetiva o de “producción” del yo-sujeto (R. Roussillon, 1998). Por otra parte, la gravedad de la patología y las resistencias más severas ya no estarán referidas al orden de lo reprimido sino que van a estar determinadas por la lucha entre instancias y las tensiones entre el yo, el ideal y el superyó, que por su cercanía con el ello puede convertirse en puro cultivo de la pulsión de muerte.

A pesar de que la búsqueda de satisfacciones masoquistas, la necesidad inconsciente de castigo o la reacción terapéutica negativa, son reconocidos como hechos clínicos indiscutibles y difícilmente comprensibles si el funcionamiento psíquico estuviera regido únicamente por la tendencia al placer, la pulsión de muerte, con la que Freud trató de dar una explicación a dichas manifestaciones, ha sido y continúa siendo la parte más controvertida de la teoría psicoanalítica.

Hay psicoanalistas que no reconocen a la pulsión de muerte o consideran que es un concepto más interesante desde un punto de vista filosófico que clínico. Otros, al contrario, le dan un valor fundamental en referencia con el proceso psicoanalítico, aunque existe entre ellos una diversidad muy grande en la forma de concebirla. Esto último no debería extrañarnos si tenemos en cuenta que Freud mismo ha dado distintas definiciones de la pulsión de muerte, que inclusive podrían ser consideradas contradictorias, a las que B. Arensburg ha tratado de interrelacionar y dar coherencia en torno a la metáfora del “retorno a la materia inanimada” (B. Arensburg, 1996).

La idea que defiende el presente trabajo es que el dualismo pulsional no refleja el antagonismo de dos pulsiones de distinta naturaleza, una sexual y la otra autoagresiva, sino que corresponde a dos modos de funcionamiento de una misma pulsión, que es la sexual. Este planteamiento cabe perfectamente dentro del marco teórico freudiano, pues se basa en la diferencia establecida entre el principio de placer y el principio de Nirvana, que expresa la tendencia de la pulsión de muerte.

El destino de las pulsiones y la intrincación o desintrincación de las mismas depende de la relación con los objetos que producen placeres y del nivel de organización alcanzado por el aparato psíquico, o sea, de las relaciones del yo con las otras instancias, y del desempeño de sus funciones defensivas. A la hora de definir la singularidad de un caso clínico o las características de determinado cuadro psicopatológico, Freud dio prioridad a las constelaciones psíquicas, que aspiran a la integración de las mociones pulsionales. Esto no significa que debemos considerar a la energía pulsional como secundaria con respecto a la organización del aparato en el que circula, pues es su empuje constante el que hace surgir y hace trabajar a las instancias psíquicas que forman los circuitos por los que las energías discurren y que funcionan como contenedores.

Es a través de su discurrir por el aparato que la pulsión encontrará diques y podrá ser ligada por la creación de secuencias significantes, de manera que se articulará con el deseo y con Eros, ligándose a los objetos. Queda siempre un resto inasimilado que se resiste a seguir esos cauces y buscará vías de satisfacción más directas y totales. Esta corriente pulsional más desestructurada o desligada y que actúa autónomamente trabaja para la muerte y se opone a Eros, que trata de ligarla y de subordinarla al principio de placer.

El domeñamiento de la pulsión

En el capítulo III de *Análisis terminable e interminable*(1937) Freud se pregunta qué significa resolver un conflicto pulsional, o cuál sería la tramitación duradera de una exigencia pulsional. Afirma que el domeñamiento de la pulsión se produce cuando es admitida en su totalidad dentro de la armonía del yo, siendo asequible a toda clase de influjos por las otras aspiraciones del yo, de manera que la pulsión ya no sigue su camino propio hacia la satisfacción. Quiere decir que el yo trata de incorporar a su organización las mociones pulsionales que están escindidas de la misma.

El domeñamiento de las exigencias pulsionales, que nunca es completo, es posibilitado mediante la representabilidad, que al ligar lo somático con lo psíquico mitiga la violencia de las pulsiones. El camino de la satisfacción directa puede ser interceptado por el mundo de representaciones y de palabras, de manera que la satisfacción pulsional queda anudada a la representación de determinados objetos y de determinadas metas, al tiempo que es subordinada a los intereses vitales del yo.

Lo que llamamos psicosexualidad supone la transposición de la pulsión sobre la escena psíquica y su intrincación con Eros, comportando el mantenimiento de un vínculo fantasmático con los objetos que fija el deseo y que hace realizable la gratificación pulsional. Esta organización permite obtener satisfacciones acordes con la realidad o que la sexualidad encuentre una canalización a través de la sublimación. La sexualidad mortífera representa a la corriente contraria, que haría fracasar el procesamiento de la pulsión.

El objeto del deseo se constituye como representación, representación que borra o negativiza al objeto en tanto que tal o en tanto que real, que es inalcanzable, por lo cual en el mismo momento en que el objeto es psíquicamente constituido hay algo de él que queda perdido. Detrás del deseo articulado a un objeto deseado está el espacio vacío, la cosa, en tanto que objeto perdido del que proviene el deseo.

Una vez representado, el objeto guardará su existencia aunque no esté presente, del mismo modo que el sentimiento de existir del propio sujeto está sostenido en una imagen de sí mismo que integra presencia y ausencia. En el célebre juego del carretel es muy significativo que lo que el niño hacía con el objeto, es decir, hacerlo desaparecer y luego reaparecer, es lo que hacía también con su propia imagen; había descubierto su imagen en un gran espejo y jugaba a agacharse hasta que la imagen desaparecía, exclamando “Bebé o-o-o-o” (se fue lejos).

J. Florence, que ha reflexionado sobre el papel de la pulsión de muerte en los juegos infantiles, ha indicado que este aspecto del juego del carretel es una fase negativa,

complementaria de la fase del espejo de J. Lacan, pero también decisiva para el advenimiento del yo. Agrega que la escenificación de un hecho penoso y la identificación del niño con la madre desaparecida no pueden estar simplemente al servicio del principio de placer, lo que pondría en evidencia que en los fundamentos del yo hay un insondable y sordo apetito de muerte, al lado de las pulsiones libidinosas narcisistas. El juego estaría entre pulsión de vida y pulsión de muerte, produciéndose una ligazón exitosa entre ambas, que consiste en la alianza del recuerdo de una impresión traumática, próxima de la muerte, con una dramatización metamorfoseadora, que transpone a la pulsión de muerte sobre un escenario psíquico y la liga con las pulsiones de vida mediante un trabajo de simbolización (J. Florence, 1976).

Tenemos entonces que la investidura narcisista de la imagen del cuerpo propio es tan decisiva para el advenimiento del yo como lo es la fase negativa que la complementa, en la que el niño la hace desaparecer, jugando con la oposición de presencia y ausencia. Hacer desaparecer la imagen que es su primer asidero identificatorio no es, sin embargo, tan autodestructivo como podría parecer, puesto que lo buscado en definitiva es verificar su permanencia a través de las sucesivas desapariciones y reapariciones. La escenificación de la desaparición no lleva la vida a la muerte, sino que puede significar la entrada inaugural de la muerte en la vida, como ha señalado M. Safouan al comentar este juego (M. Safouan, 1979). Lo vital no consiste en expulsar a la muerte sino en reintegrarla a lo humano a través de la simbolización. El juego está entre pulsión de vida y pulsión de muerte, pero al servicio de la vida, pues permite al niño objetivarse en una imagen y adquirir un cierto dominio sobre lo real y también sobre lo pulsional, dado que implica una renuncia pulsional y la intrincación de Tánatos con Eros.

¿Dos pulsiones o una?

Entender la pulsión de muerte como una energía distinta y opuesta a Eros es una manera de concebir las cosas basadas en la idea del dualismo y del conflicto, planteado como lucha de fuerzas. Sin embargo, la diferenciación entre ambas no es fácil de establecer y el mismo Freud admitió que la pulsión de muerte prácticamente no existe en su forma original, previa a la unión con Eros. Otra manera de pensar consiste en articular Eros y Tánatos como dos polos de una misma pulsión, lo que permitiría explicar sus oscuras afinidades. La descripción de la meta de las pulsiones en *Más allá del principio de placer* (1920) plantea que no hay dos movimientos sino uno, que apunta a la muerte, si

bien de un modo más directo y rápido, en un caso, o más lento, recorriendo un trecho más largo, en el otro.

La pulsión sexual, es decir, la pulsión propiamente dicha, es el efecto de la relación con el otro parlante y deseante y está orientada hacia un objeto subjetiva e históricamente determinado que puede satisfacer parcialmente la meta de la pulsión. Ya en el *Manuscrito K* (1896) Freud sostuvo que dentro de la vida sexual existe una fuente independiente de desprendimiento de displacer que la hace inconciliable con el logro de la gratificación plena, pérdida de goce que años más tarde pasará a estar representada por la barrera que opone la interdicción del incesto y por el hecho de que el objeto definitivo de la pulsión sexual ya no es nunca el originario, sino sólo un subrogado de éste.

La problemática edípica y la función de la castración tienen un papel fundamental en la instauración y el desarrollo de la vida sexual, pues proporcionan la temática del montaje fantasmático organizador de los componentes pulsionales. La pulsión encuentra sus objetos y también los diques y los límites que la realidad impone en su pasaje por el Edipo, en el que el deseo se orienta hacia un objeto que a partir de ese mismo momento estará prohibido. Es la interdicción del incesto la que hace posible mantener una distancia y una relación con los objetos edípicos, y es también la que crea y sostiene al deseo, que de otro modo se agotaría en la consumación incestuosa, destructiva tanto para el sujeto como para el objeto.

La articulación de la pulsión con el deseo y con Eros amplía y complejiza los vínculos, teniendo en cuenta los intereses vitales del yo y la preservación del vínculo afectivo con el objeto. La oposición a esta articulación y la insistencia en un goce sin mediaciones obedecería a la pulsión de muerte, a la que podemos concebir como el aspecto más radical de la pulsión sexual; se trata de una sexualidad anárquica y desmesurada, que busca el goce sin admitir subrogados ni limitaciones, que es incestuosa y renegadora de la castración y que busca reiterar por la vía regresiva una mítica satisfacción con el objeto originario, en una relación directa y sin trabas. Más compulsiva que orientada por el deseo de un objeto proporcionador de placer, esta sexualidad se expresa más allá del principio de placer y sin tener en cuenta la realidad, quedando reducida a un circuito repetitivo.

El rechazo narcisista de la castración promete un goce que va más allá del placer a un yo dominado por los sueños de totalidad incapaz de reconocer la alteridad y de tolerar las frustraciones, por lo que en este terreno la pulsión de muerte se desplegará a sus

anchas. El Edipo tiene un papel central en la organización de la personalidad y la orientación del deseo, que aseguran el funcionamiento ligado del psiquismo, mientras que la pulsión de muerte está vinculada con la insistencia de las omnipotentes aspiraciones narcisistas, que buscan la extinción de la falta y del deseo de los objetos que podrían colmarla.

De lo que venimos diciendo se podría concluir que la organización del aparato psíquico y el domeñamiento de la pulsión comportan la normativización de la misma, resultante del complejo de Edipo y la asunción de la castración. Es a partir de ahí que se puede hablar de Eros y Tánatos, o de pulsión sexual ligada y pulsión sexual que no admite restricciones y ligaduras y que busca otra cosa que el placer y la felicidad.

Los fenómenos que Freud trató de hacer comprensibles planteando la existencia de una pulsión autodestructiva independiente de las pulsiones sexuales, a mi modo de ver no se explican por el antagonismo entre dos fuerzas de naturaleza distinta sino más bien concibiendo una dualidad dentro del propio campo de la vida sexual, que no es algo homogéneo ni está totalmente abarcado por Eros. Dicho dualismo fue introducido por el propio Freud al diferenciar dos modos de funcionamiento de la sexualidad, uno que responde al principio de placer reforzado por el principio de realidad y que tiende a reducir el exceso de excitación, y otro que, por el contrario, obedece a la exigencia del principio de Nirvana de descarga total de las tensiones.

La sexualidad humana deja de ser el polo perturbador del que provenían las representaciones inconciliables con el yo, para albergar en ella misma el conflicto entre el principio de placer y el de Nirvana. El yo deberá decidir en cada ocasión entre dominar sus pasiones e inclinarse ante la realidad o tomar partido por ellas y enfrentarse al mundo exterior. Si el Nirvana representa el vértigo de lo absoluto, el sueño de un amor tan total que está emparentado con la muerte, el principio de placer y la consideración de la realidad permiten al yo interponer un juicio de condenación prohibiéndose el cumplimiento de determinados deseos que no son acordes con sus fines o sus principios éticos.

Ulises se hizo atar al mástil para no sucumbir al canto de las sirenas y tapó con cera los oídos de sus hombres pero, curioso a la vez que precavido, no tapó los suyos. No bien comenzó a oír la voz de las sirenas sintió un deseo invencible de ir hacia ellas, pero sus compañeros, a quienes había ordenado que no lo desataran, se lo impidieron. Esta historia muestra que ninguna medida protectora impide que subsista una tensión irreductible entre las tendencias opuestas en permanente pugna.

Repetición y pulsión de muerte

Uno de los puntos de controversia que plantea el concepto de pulsión de muerte es su tradicional vinculación con la compulsión a la repetición, pues hay autores que subrayan que la compulsión repetitiva es lo propio de todo funcionamiento pulsional, por lo que no caracterizaría a la pulsión de muerte. Otros recuerdan que la repetición ya fue considerada por Freud como una forma básica del trabajo psíquico, que tiende a ligar la excitación a contenidos representativos para poder mitigarla y elaborarla.

La pulsión de muerte no debería ser identificada con la compulsión a la repetición debido a que ésta no responde a una única tendencia y no siempre es letal. Hay repeticiones de transferencia que pueden ser consideradas manifestaciones de la pulsión de muerte, como en el caso de la reacción terapéutica negativa, pero en términos generales las repeticiones promovidas por la transferencia no son reiteraciones de lo mismo y pueden inclusive ser una forma de recordar. Freud ha dicho en *Recordar, repetir, reelaborar* (1914) que las repeticiones que se muestran en la transferencia son las que pueden posibilitar el trabajo de rememoración.

En *Moisés y la religión monoteísta* (1939) se refiere a repeticiones que se muestran en la transferencia y otras que no se muestran, discriminando lo que llama efectos positivos del trauma de sus efectos negativos. Los primeros tratan de devolver al trauma su vigencia haciendo real-objetiva la vivencia que no puede ser recordada; las reacciones negativas persiguen la meta contrapuesta, es decir, que no se recuerde ni se repita nada de los traumas olvidados, y pueden ser consideradas reacciones de defensa como las evitaciones, que pueden dar lugar a inhibiciones y fobias.

Añade Freud que tanto las reacciones positivas como las negativas son fijaciones al trauma y repeticiones compulsivas que están relacionadas con la formación del carácter. Pero los efectos negativos, que resultan del recurso a defensas más extremas, pueden dar lugar a patologías más severas, por cuanto el empeño en eliminar toda posible perturbación impide repetir, recordar y elaborar las vivencias traumáticas, dejando como secuela alteraciones permanentes del yo.

Las repeticiones de efectos positivos que se exteriorizan en la transferencia están ligadas a lo simbólico y preservan la función de ligadura, por lo que deben ser consideradas como una condición del tratamiento y no como pulsión de muerte a combatir. Esta repetición se define como insistencia significativa, que posibilita rehacer

una historia. En cambio, los fenómenos negativos, que están volcados hacia el interior y operan en silencio, son un obstáculo a la emergencia de la palabra y a la elaboración psíquica y dan cuenta de una repetición más pulsional, que puede expresarse en conductas masoquistas o en fallas somáticas.

Acaso lo que mejor caracteriza a la pulsión de muerte es que obra básicamente en silencio y es opuesta a toda actividad de simbolizar, de localizar, de ligar, de significar, es decir, a la categoría de lo decible y lo pensable, que permite mediatizar los conflictos y poner freno a la violencia pulsional.

Ligazón-desligazón

Generalmente se relaciona el dualismo Eros-Tánatos con la oposición de dos tipos de funcionamiento psíquico: uno ligado y otro no ligado. La ligazón es concebida como resultado de la influencia del yo, que introduce la inhibición necesaria para la instauración del proceso secundario y del principio de realidad. La desligazón, por el contrario, propende a la liberación brusca de la energía y a su descarga inmediata.

Pero esta dicotomía no debe hacernos pensar que la tendencia a la unión sea siempre positiva ni que la división sea siempre negativa, porque si bien es evidente que la desligazón puede ser destructiva, y en casos extremos conducir a un desanudamiento de los vínculos del sujeto con el mundo y a la desorganización psíquica, también lo es que existen lazos letales, muy difíciles de deshacer. La desligazón puede ser en tal caso aliada de la vida, por cuanto al romper la atadura a los objetos infantiles posibilita la autonomía y la reapropiación de la libido por parte del sujeto. Sin duda, una de las finalidades principales del análisis consiste en deshacer la identificación narcisista con el objeto, que instala el duelo.

El abandono de la investidura de un objeto determinado no va acompañado forzosamente de una desinvestidura de la realidad y sus representaciones, ni expone a la muerte del deseo, sino todo lo contrario. La libido liberada por el proceso de desligazón no tiene por qué descargarse de una forma masiva e incoercible, sino que puede encauzarse a lo largo de las cadenas de representaciones, reforzando así los vínculos asociativos y favoreciendo el funcionamiento ligado del psiquismo.

Si la pulsión de muerte es el concepto que explica la dinámica de la desligazón, habría que admitir que dicha pulsión puede ser una condición de la vida. Otra forma de tratar de resolver este problema es considerar que no toda desligazón es obra de la pulsión de muerte, como ha hecho A. Green, quien en el Simposio de Marsella sostuvo que la meta de Eros era no sólo la ligazón sino también la desligazón, mientras que la meta de Tánatos era sólo la desligazón (A. Green, 1982). En la misma ocasión, J. Laplanche planteó que mientras que la pulsión de muerte tiende a la desunión, la pulsión de vida tiende a la unión entre ella misma y el principio de desunión (J. Laplanche, 1982).

El trabajo de apropiación subjetiva comporta cortar el vínculo fantasmático con los objetos infantiles a los que el sujeto se encuentra indisolublemente unido, en una negación del tiempo y de la realidad. Es por esa razón que S. Leclaire ha podido definir al psicoanálisis como un “arte de desligazón apasionada de todo lo que mantiene al

sujeto cautivo en la conformidad de una sujeción” (S. Leclaire, 1990). Desligazón apasionada porque está dominada por el deseo de vivir y de emprender una de las operaciones más necesarias pero también más dolorosas del desarrollo: desasirse de los sueños insatisfechos de los padres, que comportan el sacrificio de la propia identidad.

Bibliografía

ARENSBURG, B. (1996). “Nota clínica sobre los pacientes con miedo a la muerte y sus connotaciones edípicas”. Anuario Ibérico de Psicoanálisis, IV.

CRUZ ROCHE, R. (1998). “Interpretación de la violencia, violencia de la interpretación” Anuario Ibérico de Psicoanálisis, V.

FLORENCE, J. (1976). “Note sur quelques pages d’Au delà du principe du plaisir”. Topique, n° 17.

FREUD, S. (1892-99) Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Obras completas, Amorrortu, T. I.

_____ (1914). “Recordar, repetir, reelaborar”. O.C. T. XII.

_____ (1917). “Duelo y melancolía”. O.C. T. XIV.

_____ (1920). Más allá del principio de placer. O.C. T. XVIII.

_____ (1923). El yo y el ello. O.C. T. XIX.

_____ (1924). “El principio económico del masoquismo”. O.C. T. XIX.

_____ (1933). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. 31ª Conferencia: “La descomposición de la personalidad psíquica”. O.C. T. XXII.

_____ (1937). Análisis terminable e interminable. O.C. T. XXIII.

_____ (1939). Moisés y la religión monoteísta. O.C. T. XXIII.

FROTÉ, P. (1998). Cent ans après. Gallimard, Paris.

GREEN, A. (1984). “Pulsión de muerte, narcisismo negativo, función desobjetalizante”, en La pulsión de muerte. Amorrortu, Bs. As., 1991.

_____ (1997). Las cadenas de Eros. Actualidad de lo sexual. Amorrortu, Bs. As., 1998.

LAPLANCHE, J. (1984). “La pulsión de muerte en la teoría de la pulsión sexual”, en La pulsión de muerte, Amorrortu, Bs. As., 1991.

LECLAIRE, S. (1991). Le pays de l’autre. Seuil, Paris.

- NASIO, J. D. (1988). Enseignement de 7 concepts cruciaux de la psychanalyse. Ed. Rivages, Paris.
- ROUSSILLON, R. (1998). "Interpréter, construire..., jouer peut-être". Le fait de l'analyse, N° 4. Le démon de l'interprétation. Autremont, Paris.
- SAFOUAN, M. (1979). L'échec du principe du plaisir. Seuil, Paris.
- SOPENA, C. (1996). "Algunas consideraciones sobre la pulsión de muerte". Revista de Psicoanálisis (Madrid), N° 24.
- SZPILKA, J. (1997). "Reflexiones sobre Más allá del principio de placer". Revista de Psicoanálisis (Madrid), N° 26.
- _____ (1999). "Apéndice a Reflexiones sobre Más allá del principio de placer". Revista de Psicoanálisis (Madrid) N°